

¿PARA QUÉ SIRVE UN NIÑO?



COLAS GUTMAN
ILUSTRADO POR DELPHINE PERRET



¿PARA QUÉ SIRVE UN NIÑO?

A LA
ORILLA
DEL VIENTO



¿PARA QUÉ SIRVE UN NIÑO?

texto de
COLAS GUTMAN



ilustrado por
DELPHINE PERRET

 FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición en francés, 2011
Primera edición en español, 2013
Tercera reimpresión, 2017
Primera edición en libro electrónico, 2018

© 2011, l'école des loisirs, París
Texto de Colas Gutman, ilustraciones de Delphine Perret
Título original: *L'enfant*

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871

Colección dirigida por Socorro Venegas
Proyecto editorial: Eliana Pasarán
Edición: Angélica Antonio Monroy
Traducción: Rafael Segovia

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-6154-8 (ePub)
ISBN 978-607-16-1656-2 (impreso)

Hecho en México - *Made in Mexico*



—No me gusta el campo, ¡es feo, verde y muy aburrido!

—¡Leonardo, no digas eso! El campo es maravilloso —dijo mamá.

—¡Claro! A todos los niños les gusta el campo —agregó papá.

—Pues a mí no.

Lo que más les gusta hacer a mis papás los fines de semana es beber té frente al fuego de la chimenea, mientras escuchan el silencio. A eso le llaman “vida de campo”, y es horrible.



A mí lo que me gusta es caminar por las banquetas, saltar encima de las bancas, ir al cine y corretear a las palomas.

En el campo no puedo hacer nada que no sea: admirar. Es lo mismo que aburrirse, pero con los ojos bien abiertos.

Aunque digan que el campo es maravilloso, a mí me aburren el fuego de la chimenea, los patos, las gallinas, las vacas, los árboles y, a veces, los tractores que pasan muy despacio.



Cuando papá y mamá no están bebiendo té frente al fuego, como cavernícolas, me llevan a pasear.

Por lo general, llueve, te duelen los pies y te da sed. Esto es lo peor de todo.

Pero durante nuestro último fin de semana, al fin pasó algo.

—Mira, ¡qué hermoso es! —me dijo mamá.

—No es hermoso, es verde —contesté.

—Es porque está lloviendo —aclaró papá.

—Sí, llueve todo el tiempo... —me quejé.

—¿Y si fuéramos por ese sendero? —propuso mamá.

Un sendero es una calle sin tiendas, con hierba, piedras que te tuercen los tobillos y ortigas que se pegan a los calcetines y te pican.

Mis padres adoran seguir caminos que no conocen. Dicen que son lugares mágicos.

Mamá dijo:

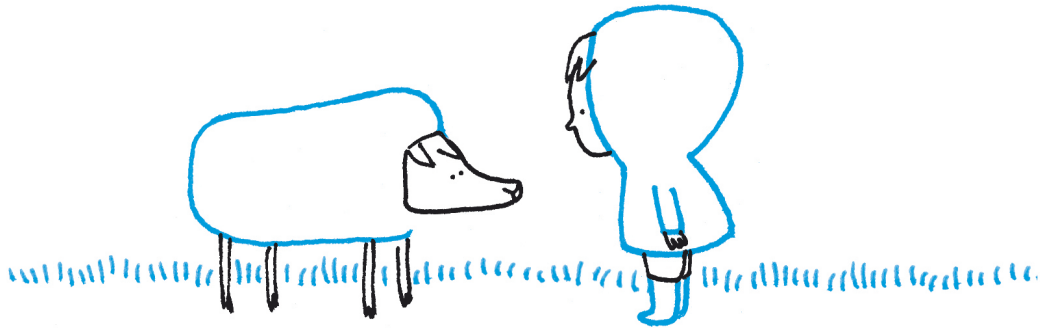
—Estoy segura de que vamos a ver gallinas en ese sendero.



—Da gusto ver a todos esos animales en libertad —dijo papá.

Yo pensé en tigres, osos y changos, como los que están dibujados en mi edredón, y sin querer metí el pie en un agujero lleno de agua.

Mientras papá contaba las hojas de un árbol y mamá se preguntaba si era la temporada de castañas, yo seguí caminando hasta que me encontré cara a cara con un borrego.



Como soy bien educado, le dije:

—Buenos días.

Y como ese borrego hablaba, me contestó:

—Hola.

Y de inmediato agregó:

—Perdón, pero ¿qué cosa eres tú?

—¿Cómo que qué cosa soy? —respondí.

—Pues sí, ¿qué tipo de animal eres?

Pensé: “Uyuyuy, debo de estar en la campiña profunda de la que me habló mamá. ¡Pobre borrego, nunca en su vida ha visto un niño!”

—No soy un animal —le dije—, soy Leonardo.

—¿Eres como un leopardo? —me preguntó.

—No, es mi nombre. Tú, por ejemplo, ¿cómo te llamas?

—Borrego.

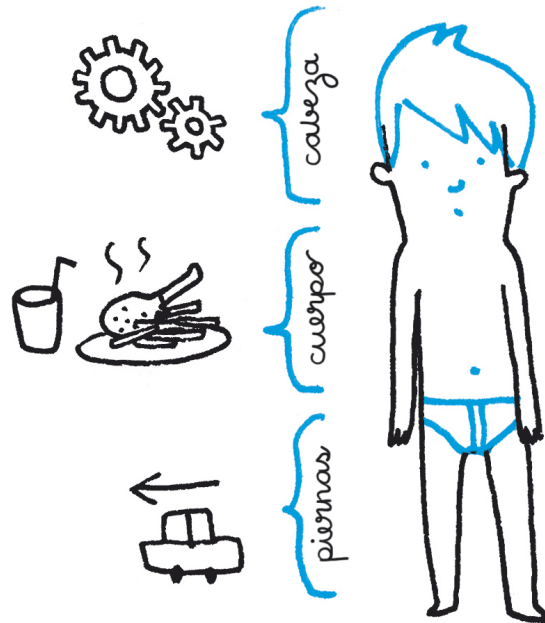
—Ya veo...

Entonces el borrego me olió y me hizo una extraña pregunta:

—Y ¿para qué sirves?

Pensé en muchas cosas:

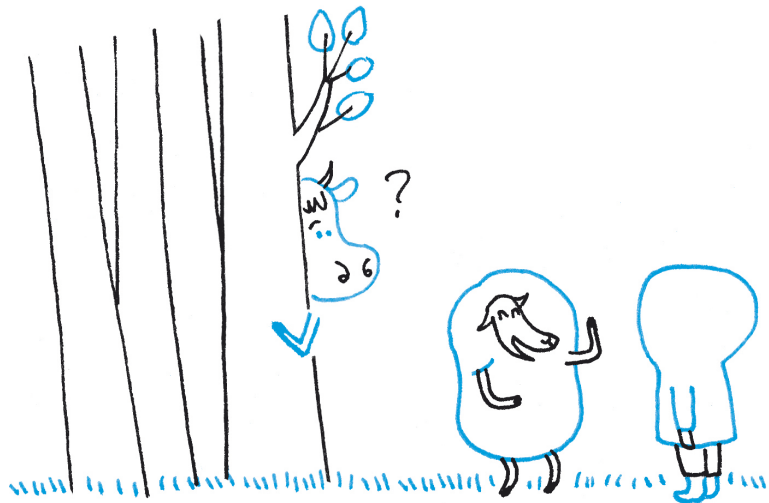
*“Un destapador,
una máquina de coser,
una licuadora,
un balón de fútbol,
una almohada”.*



Volteé a ver al borrego y le dije:

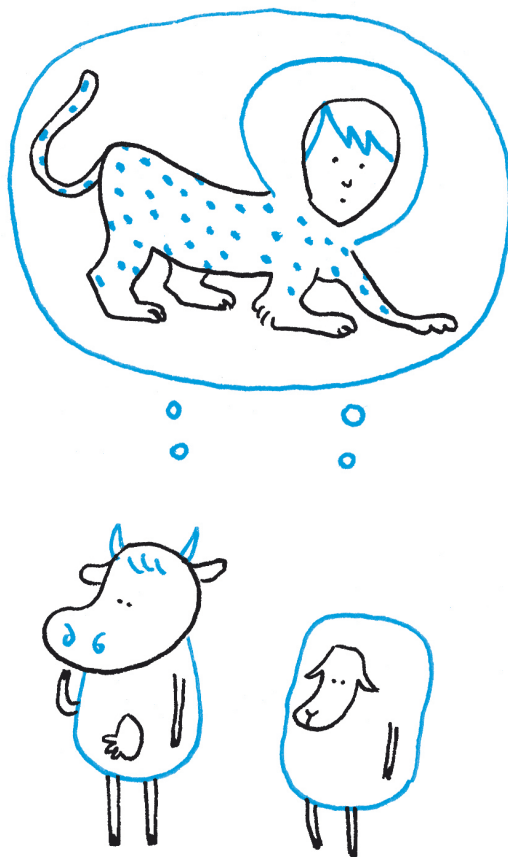
—Creo que no sirvo para nada.

El borrego se echó a reír tan fuerte que una vaca se puso a reír con él.



—¿Qué es eso? —preguntó la vaca.

—Es una especie de leopardo que no sirve para nada —contestó el borrego.



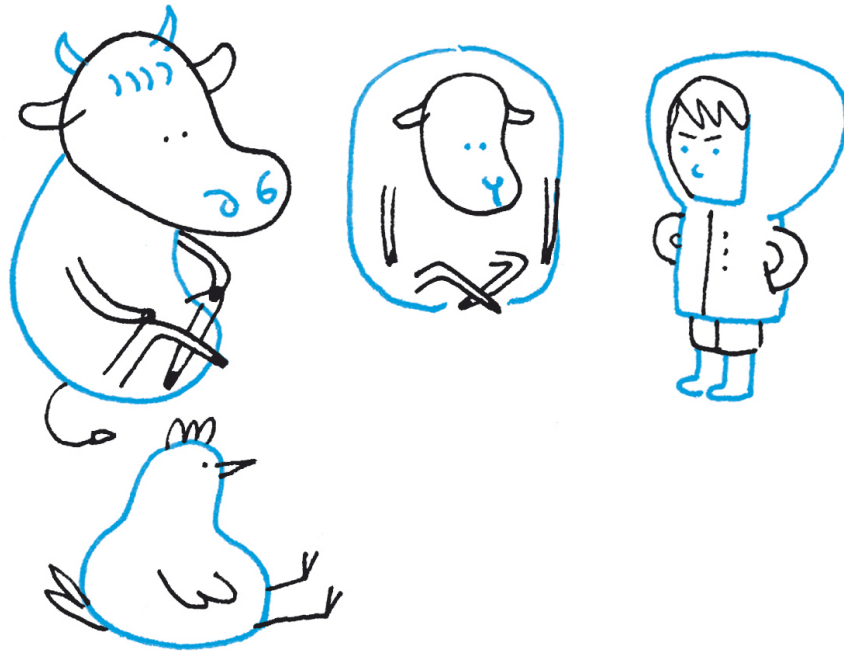
—¡No!, soy un niño. Esperen, voy a buscar a mis papás. Ellos les van a explicar todo, ¡porque a mí me ponen loco como una cabra!

Sólo que en el campo hay otra especialidad, la de perderse, porque no hay nada que se parezca más a un sendero que otro sendero, un árbol a otro árbol y una piedra a otra piedra.

Estaba perdido como en una tienda enorme, pero sin la caseta de información para que mis papás vinieran a buscarme.

Me quedé con el borrego y la vaca, luego llegó una gallina. Todos se sentaron con las piernas cruzadas, lo que era un poco complicado para la vaca, y me dijeron:

—Explícanos, ¿qué es un Leonardo?



—¿Querrán decir un niño?

—Sí —contestaron los tres.

Eso me puso muy alterado, como cuando es mi cumpleaños y trato de adivinar qué hay dentro de las cajas de regalo.

Pensé: “Un niño no es un abrelatas, ni una secadora de pelo, ni tampoco una bolsa de papitas”.

Luego dije:

—Un niño viene con sus papás, como las pilas vienen con un cochecito de control remoto.

—¿Eres una pila? —me preguntó la vaca.

—Eh..., pues no exactamente.

—Entonces no sirves para nada —comentó la gallina.

Me dieron muchas ganas de convertir a la gallina en pollo frito para comérmela con papas. Pero pensé en papá, quien siempre dice que cuando uno está nervioso tiene que escuchar el silencio y todo se arregla. Sólo que no se arregló, porque la vaca se puso a presumir:

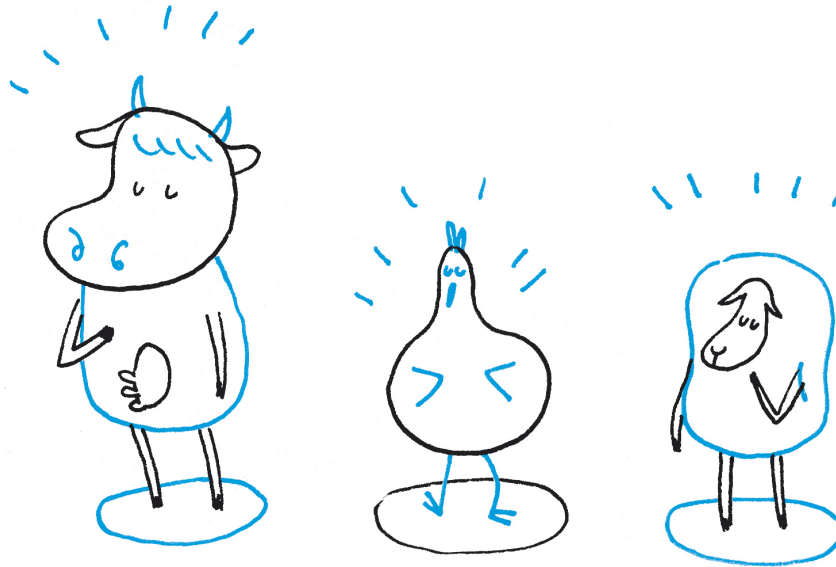
—Mira, por ejemplo, yo hago buena leche y buen queso.

Y la gallina agregó:

—¡Yo pongo huevos frescos!

Y el borrego:

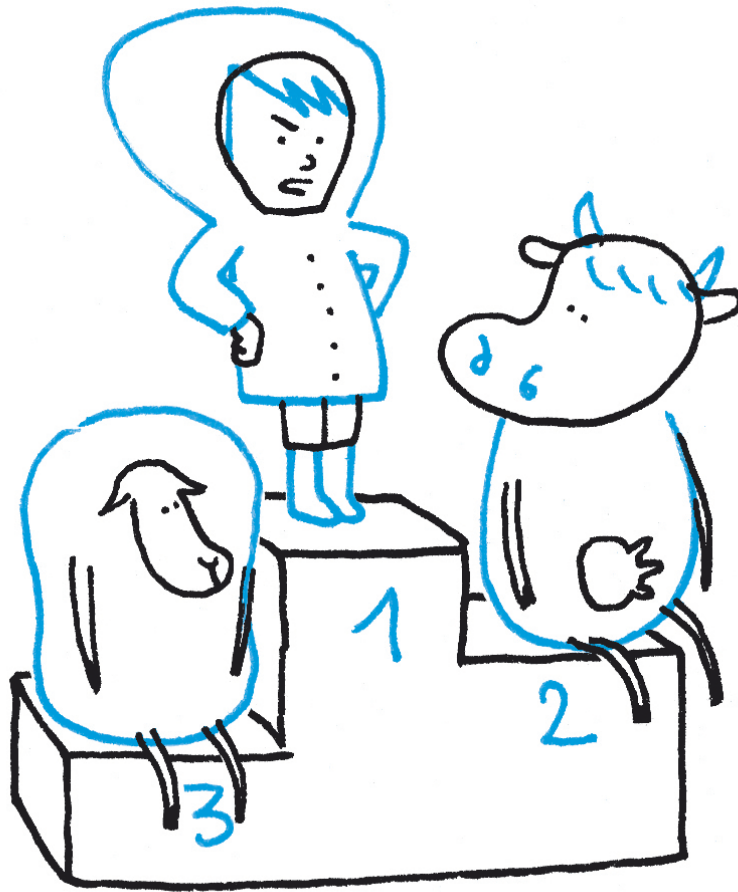
— ¡Y yo hago hermosos chalecos de lana!
Y los tres dijeron a coro:
— ¡Nosotros servimos para algo!



— Oigan, yo le hago collares de cuentas a mi mamá y le doy besos a mi papá.

— No suena muy grandioso — dijo la gallina.

— Bueno, ¡ya me tienen hartos! De cualquier manera, un niño es mejor que un animal, eso lo saben todos. Además, ¡yo sé cosas que ustedes no conocen!



—Ah, sí, ¿y como qué? —preguntó el borrego.
Entonces, frente a ellos, hice una lista de las cosas que sabía:
La Tierra no es plana.
 $97 + 3 = 100.$
Los acentos circunflejos son unos sombreritos chinos.
No tengo permiso de llevar celular a la escuela.



—¿Y de qué sirve saber todo eso? —preguntó la gallina.
—Eh..., pues no lo sé realmente —respondí—. Pero en la escuela nos dicen que nos servirá más adelante. Y así fue como tuve una revelación:
—¡Un niño sirve para convertirse en alguien cuando sea grande!
—No vale nada —dijo la vaca.
—Pésimo —agregó el borrego.
—¡Bah! —exclamó la gallina—, es ahora cuando nos interesas, no más adelante.
Entonces, sin mucha convicción, dije:
—¡Un niño sirve para hacer su tarea, sacar los botes de basura y traer el pan!
—Cualquier cosa —dijo la vaca.
—Absurdo —agregó el borrego.
—Ridículo —dijo la gallina—. No, realmente no sirves para nada.
Entonces yo me sentí tan triste, como cuando tengo una mala calificación en mate y en dibujo el mismo día.
Pero la gallina me preguntó:
—¿Conoces de lobos?
—No mucho, en la ciudad tenemos perros y palomas.

—Nosotros conocemos uno, quizá él sabe para qué sirves. ¿Quieres que vayamos con él?

—Sí, claro, si puede ayudarme...

Entonces tomamos otro sendero que se parecía, como dos gotas de agua, al primero.

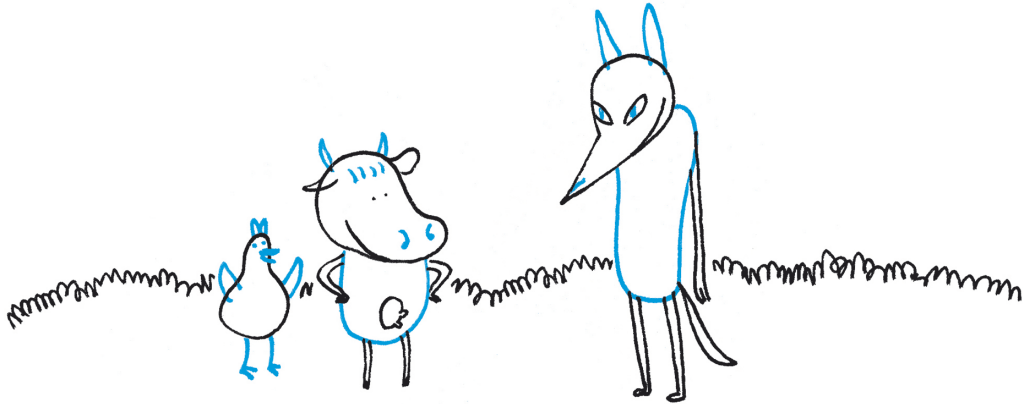
La gallina gritó:

—¡Lobo, te traemos un niño de la ciudad! ¡A la mesa!

Enseguida comprendí que era una trampa, sobre todo cuando la vaca murmuró:

—Éste es especialmente tonto, ¡creía que nunca habíamos visto un niño!

—¡Que éramos bichos ignorantes del campo! —añadió la gallina.



—¡Ja, ja, ja! Qué buen chiste —dijo el lobo—. Pero les advierto, yo no como más que niños de primera calidad. El que me trajeron la última vez no era nada del otro mundo.

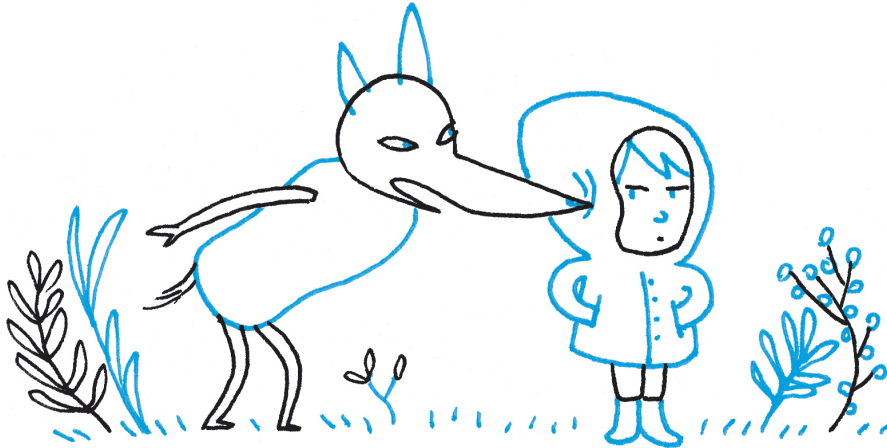
El lobo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

—¡Ah, qué manos más pequeñas, mi niño!

—Sí, son para picarte mejor un ojo si las tocas —dije yo.

—¡Ah, qué orejas más pequeñas!

—Sí, son para que no me confundan con un elefante.



— ¡Ah, qué boca más pequeña, mi niño!

— Sí, ¡es para gritar mejor!

— Pero ¿qué le pasa a este niño?, ¿no le tiene miedo a los lobos?

— Pues no, soy un niño de ciudad, ¡le tengo miedo a los perros, no a los lobos!

La vaca habló con el borrego y la gallina con el lobo, luego los cuatro me observaron con miradas extrañas, hasta que el borrego gritó:

— ¡Muérdele las pantorrillas!

— ¡Yo, si tuviera dientes, empezaría por los brazos, se ven bien regordetes! — aconsejó la gallina.

— ¡Las nalgas, las nalgas! — gritó la vaca.

Empecé a sentir miedo, como el día que creí que había:

Un ladrón en mi sala,

un monstruo bajo mi cama,

otro en mi ropero

y ensalada de endivias con jamón para comer.

Pero el lobo me olfateó y exclamó:

— ¡Puah! Este niño está contaminado. ¡Huele a escapes de coche y a pollo con hormonas! No quiero envenenarme con un niño de ciudad. ¡Llévenselo!



Entonces pensé: “Así que es cierto... no sirvo para nada. ¡Ni siquiera al lobo le intereso!”

—¿Quieres que te llevemos con tus padres? —me propuso la gallina.

—¡Bah!

—Sí, estoy segura de que están muy preocupados —me dijo la vaca.

—Deben de estarte buscando por todos lados —insistió el borrego.

“¿Me extrañarían?”, pensé.

Y lloré tan fuerte, como el día en que me golpeé la cabeza, me mordí la lengua y me torcí el pulgar al mismo tiempo.



—¡Ah, está triste! —dijo la vaca.

—¿Quieres jugar a saltar borregos? —sugirió el borrego.
—¿O a la granja? —dijo la vaca.
—¿O a la gallina ciega? —preguntó la gallina.
—No, ¡déjenme en paz!
—Si quieres, podemos ser tus amigos —propuso el borrego.
—¡Yo no soy amigo de traidores que engañan a los niños!
—No lo volveremos a hacer —dijo la gallina.
—Lo prometemos —confirmó la vaca.
—¡Seguro! —reafirmó el borrego.
—Miren, son muy amables, pero me hicieron comprender que no sirvo para nada. Déjenme tranquilo.
Y me fui hacia la campiña profunda, sin voltear atrás.



Pensé: “Me convertiré en un niño salvaje, comeré raíces y bellotas y le hablaré a los árboles”.

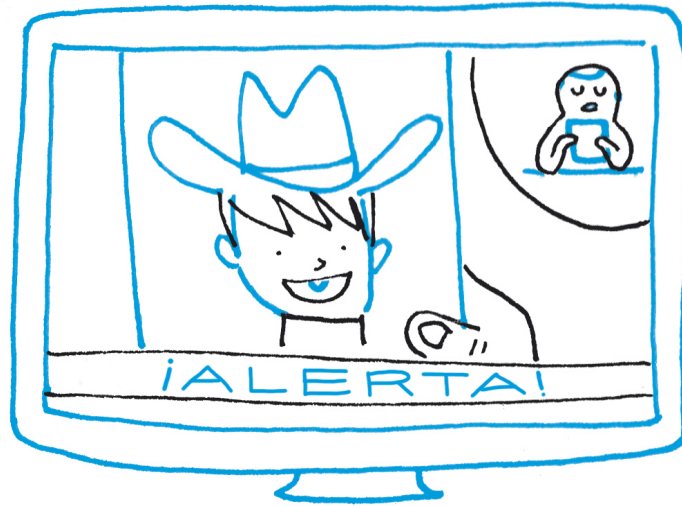


Sólo que, en el campo, cuando uno escucha el silencio, siempre se perciben ruidos. A lo lejos, oí una sirena de bomberos.

Y recuperé la esperanza.

A fin de cuentas, puede ser que mis papás me estén buscando.

Quizá hasta hayan pedido activar la “alerta de secuestro”. Sí, en este momento debo de estar en la tele. Mis amigos deben de estar viendo mi foto con mi sombrero de vaquero.



Entonces corrí tan rápido como pude hacia el ruido de las sirenas, y pasé frente a un árbol que era igual a otro árbol, y tomé un sendero que era igual a otro sendero, y ahí, de pronto, se produjo un milagro, como aquella vez que mamá compró papitas, limonada y Nutella el mismo día: vi a mis papás.

Estaban realizando otra actividad del campo más aburrida aún que la de escuchar el silencio: dormían al pie de un árbol.



Entonces descubrí que la sirena de los bomberos no era para mí. Y me puse a llorar, como cuando rebané cebolla y me cayó jugo de limón en el ojo el mismo día.

Cuando papá y mamá por fin se despertaron, pensé que iban a tirarme a la basura. Quizá me llevarían a uno de esos lugares donde depositan los desechos en el campo para compactarlos, pero me dijeron:

—Cuéntanos, Leonardo, ¿te divertiste?

—¿Observaste las hormigas?

—¿Recogiste varas?

—Para nada, ¡platicué con una gallina, un borrego, una vaca y hasta con un lobo!

—¡Ay, estos niños! —comentó papá—. ¡Qué imaginación!

Yo me quedé mudo como una lombriz.

Por la noche, extrañamente, aún no me habían tirado. Pensé que esperaban reunir más cosas para llenar un bote de basura más grande.

Pero, al cabo de un rato, ya no aguanté. Entonces pregunté:

—Por cierto, ¿para qué sirve un niño?

—Para nada —dijo papá, riéndose.

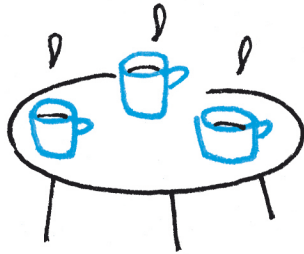
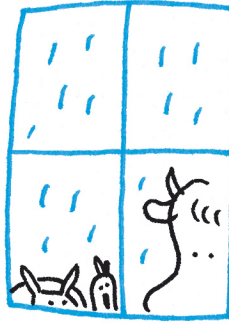
Y mamá agregó:

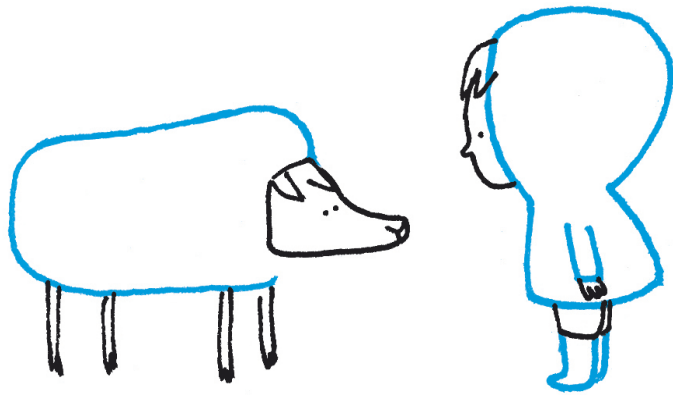
—¡Y no tiene que servir para algo!



Pensé: “¿Un niño no tiene que ser un mantel, un abrelatas o al menos un sacacorchos?”

Sonreí y admiré el fuego de la chimenea, mientras escuchaba el silencio.





Índice

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Página legal](#)

[Inicio](#)

¿PARA QUÉ SIRVE UN NIÑO?

A Leonardo no le gusta ir los fines de semana al campo. Piensa que es lo mismo que aburrirse, pero con los ojos bien abiertos. Para él, no hay nada mejor que vivir en la ciudad, donde los únicos animales que ve son perros y palomas. Sin embargo, durante un paseo por el bosque, se pierde y se encuentra cara a cara con un borrego que le hace una pregunta que lo confunde: ¿para qué sirves? Leonardo nunca se lo había cuestionado, pero está dispuesto a averiguarlo.

Colas Gutman nació en Francia en 1972. Es escritor, ilustrador, actor y periodista. Ha publicado novela y cómic. La mayoría de sus obras están dirigidas a niños y jóvenes, las cuales destacan por el humor con el que aborda todo tipo de temáticas.

Deplhine Perret nació en Francia en 1980. Es autora e ilustradora de más de una docena de libros infantiles y juveniles. Sus trazos finos, pero llenos de expresión, motivan la imaginación del lector.

